



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 15.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### SUMARIO.

**La vejez de Lomniky-bud-ce**, por B.—**Una herencia de llanto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Fé**, poesía, por id.—**Solo un Dios y solo un culto**, por id.—**La plegaria de un niño**, poesía, por id.—**Seccion para los niños: Dos flores de un mismo tronco**, por id.—**Varietades**, por Fernan Caballero.

#### LA VEJEZ DE LOMNIKY-BUD-CE.

Una risueña mañana de abril, pasó por el puente de Praga un anciano que caminaba silencioso y meditabundo y con la mirada siempre en un mismo objeto. Aunque pobremente vestido, su andar digno y magestuoso, revelaba desde luego que aquel hombre no era ciertamente el hijo mas predilecto de la humildad, aun cuando sí, compañero inseparable de la modestia. Frente espaciosa, mirada tranquila y penetrante, su fisonomía toda era el símbolo de la inteligencia, y no de esa inteligencia vulgar, sino de aquella penetracion que admira. Los transeuntes, al verle pasar no podian menos de dirigirle un saludo de respeto y veneracion.

Llegó á la mitad del puente, sentóse en un banco de piedra, y los mendigos y los niños empezaron á decirse mutuamente:

—El viejo contador, vamos á escucharle.

Con efecto, el pobre anciano soltó el palo en que apoyaba su respetable ancianidad; puso á sus piés el mugriento y despedazado sombrero, sobre el cual cayeron por intervalos algunas monedas de cobre. Los mendigos, los niños y los transeuntes le rodearon, y aquella figura noble y patriarcal dió principio á una historia desgraciada que todos escucharon con el mayor interés.

Era tal su elocuencia, era tal la pintura que hacia del protagonista de aquella historieta, que algunas veces vió honrada su narracion con las lágrimas de sus oyentes.

La profundidad de sus pensamientos, la erudicion que acompañaba á sus discursos, los oportunos episodios con que amenizaba sus cuentos, y la amargura con que expresaba la ingratitud de los hombres, atraian y fijaban la atencion de los hombres mas eminentes que en un principio le habian escuchado con desden.

Es el caso que nadie conocia á este pobre anciano por su nombre; todos le llamaban solamente el viejo contador de historias. Todas las mañanas se sentaba en un mismo sitio, y siempre tenia una historia que contar.



Predicador consecuente del pueblo, daba saludables máximas á los súbditos del rey, y varias veces se permitia dirigir reconvenciones particulares contra el gobierno de Praga. No faltaron expias que enterasen á Rodolfo II de las máximas que pregonaba el mendigo contador del puente, y en su consecuencia dió orden de que le prendieran.

Las órdenes de Rodolfo fueron ejecutadas, y aunque los oyentes compadecieron al narrador, y vituperaron la conducta del príncipe, el anciano fué conducido al palacio del soberano.

Éste, cuando vió en su presencia al andrajoso, se sonrió malignamente y le habló en los términos siguientes:

—Dios te guarde, apóstol del pueblo de Bohemia.

—Gracias por tan honroso dictado, respondió el mendigo haciendo una inclinacion respetuosa.

—¿Quién eres? le preguntó Rodolfo.

—Señor, ¿no me conocéis?

El rey estuvo largo tiempo recapacitando y viendo que la memoria no le ayudaba en su grave y prolija indagacion, repuso:

—No te conozco á fe mia.

—No es extraño, respondió el viejo; los años y los sufrimientos morales borran de un todo las huellas de la primitiva felicidad.... porque habeis de saber, señor, que yo he sido tambien muy dichoso....

—¿Y por qué hoy eres desgraciado?

—Porque siempre he querido decir la verdad, y esta virtud no es la que mas se recomienda delante del poderoso.

—¿Quién eres? habla.

—Escuchadme: hace bastantes años, érais muy jóvenes, vuestra administracion estaba en manos de hombres venales y aduladores. Hubo un hombre demasiado franco que quiso apartar de vuestro lado un favorito que comprometia vuestro poder, y que os daba saludables consejos.

Pero generalmente la perfidia puede mas que la fidelidad, cuando existen almas débiles y condescendientes. El hombre leal fué castigado y protegida la infamia. La lealtad tuvo que separarse de la contagiosa morada donde imperaba el vicio y la malignidad; retiróse al hogar doméstico con la tranquilidad del justo, y se rodeó de los seres que mas halagaban su existencia; pero la calumnia penetra tambien hipócritamente en el santuario de la virtud.

Este hombre desgraciado, que habia nacido con númen poético, buscó un tranquilo desahogo en el seno de la poesía; sus versos eran la ex-

presion de sus sentimientos; el pobre poeta tenia una herida en lo mas hondo de su corazon, y pensó cicatrizarla refiriendo sus pesares. La estampa propagó estos pensamientos, el público los acogió con aplauso y el vate fué víctima de la persecucion mas encarnizada.

El rey Rodolfo ultrajó á su consejero haciéndole pasar por las mas vergonzosas humillaciones; sin respetar el lustre de su cuna, vulneró y holló los derechos que tenia de caballero; le arrancó del seno de su querida familia; le despojó de todos sus bienes, de todos sus honores; y luego, porque tomó parte en la guerra de la independencia contra el Austria, le quiso llevar á un suplicio.

Huyó el poeta, y durante su emigracion tuvo noticias de la prematura muerte de su hijo, que expió injustamente el delito de su padre; tuvo tambien noticias de la muerte de su amada esposa, que tambien expió el supuesto crimen de su esposo. El poeta andubo por tierras extrañas mendigando el sustento, recorriendo los hospitales, impetrando la caridad de los extranjeros, y cambiando sus versos por un pedazo de pan.

La prensa le cerró sus puertas, porque vos dispusisteis que sus escritos no fueran admitidos en ninguna imprenta bajo pena de muerte; disteis un perdon general para los emigrados, y á él tuvo que acojerse el peregrino errante. Volvió á Praga; ya nadie le conocia, y viendo que la imprenta no le admitia sus ideas para estamparlas, quiso propagarlas de viva voz, y para ello estableció su humilde cátedra en el puente, donde predicó largo tiempo la verdad, y donde se propuso reformar las costumbres de su amada patria.

—Luego tú eres Lomniky-Bud-ce.

—No os habeis equivocado; ahora llevadme á la prision.

Rodolfo fué esta vez indulgente con su antiguo consejero, y le proporcionó una vejéz descansada, aun cuando no tomó parte en los destinos públicos de Bohemia

B.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

Teresa consiguió de su madre la licencia solicitada, y las dos niñas, ligeras como la brisa del monte, salieron de la cabaña y se dirigieron á la casa que ocupaba Armando, distante á lo mas un tiro de fusil.

Teresa estaba alegre é impaciente por llegar,



pues ansiaba saber qué era lo que su prima le iba á decir.

Á la edad en que aquella niña se encontraba, todas las cosas, aun las mas insignificantes, tienen un valor indecible, y la idea de ser la confidente, la depositaria de un secreto, la llenaba de curiosidad y orgullo á la par.

Andrea, por su parte, iba triste, pensativa, sin saber cómo haria para cumplir su doble mision.

En breve llegaron á la calle de árboles que flanqueaba la entrada de aquella antigua morada, y se hallaron frente á una gran puerta cuyo postigo abrió Teresa con una llave grande y medio enmohecida aun.

Aquella casa, perdida entre el espeso ramaje del bosque, y oculta á las miradas de los transeuntes por los altos y añosos árboles que la cercaban, presentaba un aspecto triste y sombrío por su soledad y por el estado de abandono en que se encontraba.

La maleza habia crecido en torno, sus muros estaban grieteados y cubiertos de yedra, mientras la inculta yerba y las agrestes espadañas habian sustituido las flores de los jardines que antes la cercaban.

Las dos niñas penetraron en el patio principal y dirigieron la vista en torno, con una expresion de temor que en vano trataron de disimular.

—¡Oh! dijo Teresa encaminándose á una ancha escalera, situada frente á la puerta: si no fuera por tí, es muy seguro que no hubiera venido aquí; esta casa me inspira miedo.

—¿Y por qué? preguntó Andrea á su compañera.

—En primer lugar porque estamos solas en ella.

—Siendo de dia....

—Es que si fuese de noche no hubiera venido.

En aquel instante llegaron al piso principal y Teresa exclamó:

—Ven por aquí; la habitacion del señor Armando es esta, todo lo demás está cerrado con llave y no podríamos entrar; bien que para hablar un momento á solas no necesitamos ir mas adelante.

Y Teresa abrió una puerta pequeña, penetrando ambas en una estancia espaciosa, pero desprovista casi de muebles y de adornos.

Solo un lecho, algunos sillones antiguos y una mesa de encina se veian allí.

Varios cuadros adornaban tambien las paredes, y frente al lecho se destacaba uno mayor que los demás, pero cubierto con un paño negro.

Teresa abrió de par en par la ventana, y la luz del sol, brillante y pura, llenó la estancia y le prestó brillo y claridad.

—Mira, dijo la niña; arreglaremos la cama, quitaremos el polvo á los muebles, y luego nos sentaremos aquí en estos sillones y hablaremos con despacio.

—Tienes razon, respondió Andrea; así, si tu madre viniese no te podria reñir: aunque bien mirado podemos hablar y trabajar á un tiempo.

—Como quieras; porque supongo que tendrás muchas cosas que contarme cuando así has venido.

—Al contrario, tú eres la que me vas á decir...

—¡Yo!

—Sí, prima mia.

—¡Ah! entonces me he engañado suponiendo que venias á...

—Sigue.

—Yo juzgué... vamos, á nuestra edad ya se pueden tener secretos.... amoros, por ejemplo.

—No, Teresa, yo no amo mas que á mi padre y á la señorita Adriana.

—Como decias....

—Escucha: algunas veces te he oido contar no sé que historia de un conde....

—¿El conde Arturo de Fuensanta?

—Sí, el mismo.

—¿Y tú...?

—Es que ayer hablaron de él en la quinta.

—¿En la quinta?

—Yo recordaba que tú me habias contado su muerte de otro modo, y aseguré que no era exacto lo que decian. Como soy una muchacha todos dudaban de darme crédito y se reian de mí; y yo dije, voy á que Teresa me hable de ello de nuevo y les haré callar á todos porque ella lo sabe mejor que nadie.

—¡Yo lo creo! como que mil veces me lo ha repetido mi madre, que lo presencié todo, porque vivia en la misma cabaña que tenemos hoy, y los condes aquí en esta casa, que tan cerca está de nosotros.

—¡Ah! ¿vivian aquí?

—Como lo oyes; mi madre dice que eran unos señores muy buenos y muy caritativos, aunque no muy ricos, puesto que la mayor parte de sus bienes los habian gastado en un ruidoso pleito que seguian con el padre de la señorita Adriana, de quien eran enemigos irreconciliables.

—¡Calle! pues yo no sabia... ¿con mi señor?

—Caballito, no podia ver á los condes, ni ellos á él tampoco.

—Sigue.

—Pues señor, un dia, y segun su costumbre, salió el conde Arturo de su casa; la condesa se quedó con sus dos hijos que eran muy pequeños todavia. Llegó la noche, el conde no volvía, y pasaron muchas horas, muchas, sin que el ruido



de las trompetas de caza anunciase su llegada.

Entonces la condesa, tan cuidadosa como impaciente, mandó en busca de su marido todos los servidores de la casa.

—¿Y qué?

—En vano cien hachas encendidas rompieron las tinieblas en todas direcciones, y las voces de los guardas y los criados interrumpieron el silencio de la noche, dando á los vientos el nombre de su señor. El conde no parecía.

—¿Cómo!

—Solo al rayar el alba encontraron su cadáver en un claro del bosque, junto á la cruz de la encina, con una bala en la cabeza, atravesado el corazon y con el rostro mutilado.

—¿Qué horror! murmuró Andrea con espanto.

—Sí, fué terrible.

—Y... ¿se encontró al asesino? preguntó la niña pálida y con voz anhelante.

—No: dice mi madre que se hicieron mil conjeturas, mil suposiciones, pero que nada de cierto se pudo saber.

—¡Ah!

—¿Y no fué esto solo!

—¿Cómo! ¿pues hay mas?

—Sí, el robo...

—¿Un robo! prosigue.

—La niña, la hija menor de los condes, que desapareció aquella noche en medio de la confusion y del trastorno general, sin que jamás se volviera á saber de ella.

La frente de Andrea estaba cubierta de sudor, aunque el viento que penetraba por la ventana agitaba violentamente sus negros y sedosos cabellos.

Á pesar del interés que habia demostrado hasta entonces, ni una palabra, ni una pregunta mas acertaba á salir de sus labios.

Teresa, sin reparar en nada de esto, continuó su relato, encantada de la atencion con que era oida.

—Desde aquel dia la condesa se encerró en su morada sin permitir que nadie la viese. Solo el anciano cura de la aldea inmediata pasaba una hora todos los dias con ella para consolarla y animarla; sin embargo, la pobre señora estaba triste y enferma, por que algunas tardes el médico acompañaba á el sacerdote. Los vecinos de las cercanias venian alguna vez á saber de la condesa, pues la amaban mucho por su caridad y su bondad; pero siempre volvian tristes y cabisbajos, porque su estado era cada dia peor.

Una mañana la casa amaneció desierta y las ventanas cerradas; nadie podia darse cuenta de lo que habia sido de la condesa y su hijo, y de los dos ó tres criados que habian quedado con ella;

los pastores y los labriegos de estos contornos se preguntaban unos á otros sin saber nadie qué contestar. De pronto el anciano sacerdote apareció entre ellos, trayendo en sus manos las llaves de la casa. Su bondadoso rostro estaba triste y hasta parecia que habia llorado. Cerró cuidadosamente las puertas y se metió las llaves en el bolsillo de la sotana disponiéndose á partir. Entonces todos le rodearon, preguntándole con afán, y él, á todas aquellas preguntas respondió tan solamente:—Rogad á Dios por esa pobre señora, hijos míos, rogad á Dios por ella, porque es muy desgraciada y necesita de vuestras oraciones.

(Continuaré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## FÉ.

Yo creo en Tí, Señor; dentro del alma arde la antorcha de la fé divina, y siempre ardió desde el primer instante en que tu aliento me infundió la vida; yo creo en Tí, Señor; cuando mis ojos vieron la claridad del primer dia, la llama de tu amor mezclada en ella llenó de luz mi corazon de niña; y el suspiro primero de mi labio, y mi primera lágrima vertida, el Ángel que á mi guarda destinaste á tus escelsas plantas llevaria. Yo creo en Tí, Señor. ¡Oh! cuántas veces al cielo con afán volví la vista porque en una mirada comprendieses el profundo pesar del alma herida, y un consuelo dulcísimo y suave al corazon entonces descendia, al ver con el anhelo de mi alma, Tu atencion paternal sobre mí fija. Cuán hermoso es, Señor, si padecemos largas y tristes horas de agonía, tener la conviccion, de que apiadado Tú desde el cielo nuestras penas miras; comprender que esos íntimos pesares que el acento á expresar no bastaria, y que esas tristes y elocuentes lágrimas entre la sombra y el dolor vertidas, las cuentas y las ves desde tu trono y oyes el ¡ay! que el corazon te envia. Cuando ese mundo vano y orgulloso nuestra pobreza con desprecio mira; cuando engreído con sus falsos bienes ultraja á la virtud en su injusticia; cuando al tender nuestra mirada en torno no halla otro ser que nuestro mal conciba, sino ardiera, Señor, en nuestras almas



la pura lumbre de la fé divina  
 cómo hacer frente á la desgracia entonces?  
 cómo cerrar del corazon la herida?  
 ¡Oh Soberano Dios! mil y mil veces  
 cielos y mundos tu piedad bendigan,  
 que al contemplar el duelo y la amargura  
 con que la suerte sin cesar nos brinda,  
 en el alma del hombre colocaste  
 la fé sagrada con tu mano escrita.  
 La fé, del desgraciado amparo cierto  
 y en este mundo su perpétua guia;  
 luz que alumbra sus pasos vacilantes,  
 único bien que en su afliccion le anima,  
 esperanza dulcísima y suave  
 que á bendecir sus lágrimas le obliga;  
 la fé, de salvacion áncora eterna;  
 la fé, santa virtud que en tí se afirma.  
 ¡Oh Señor! creo en Tí; Dios uno y trino,  
 te adora reverente el alma mia,  
 y tuyo ha sido mi primer lamento,  
 y tuya ha sido mi primer sonrisa,  
 y pronunciando tu sublime nombre  
 terminarán las horas de mi vida.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Iba sola, cercada de misterio, sin pompa, sin música, sin grandeza, sin mas compañía que la de aquella infeliz mujer, que comia el pan de la servidumbre, y la de una madre infeliz que acaso habia labrado su eterna desgracia.

«Mi hija recibió el nombre de Elena María de los Dolores, poniéndola así bajo la proteccion de una gran santa y bajo la proteccion de la Madre de Dios.

«Se la presenté á esta rogándola que la amparase; vertí muchas lágrimas ante su altar, y salimos del templo con el mismo misterio con que habíamos llegado á él.

«Era de noche; nadie podia vernos, y un deseo irresistible se apoderó de mi alma.

«El de ver al menos las paredes de la casa en que vivian mis padres.

«Sin detenerme á meditar, dí la orden al cochero y nos dirigimos por aquel lado.

«Mi corazon latia con una violencia desusada: era la vez primera que desobedecia las órdenes de Héctor: era la vez primera durante nuestro matrimonio, que daba un paso sin estar autorizada por él.

«Dos ó tres veces pensé detenerme, dos ó tres veces abrí los labios para dar una contraorden y que volviésemos atrás; pero una fuerza desconocida selló mi boca y seguimos adelante.

«¿Qué mal hacia yo en una cosa tan sencilla? ¿qué culpa era la de contemplar una vez siquiera las paredes queridas que me habian dado abrigo durante tantos y tan dulces años?

«Solo abrigaba una esperanza; la de oir acaso la voz de mi madre; la de ver su sombra á través de las cortinas del balcon.

«Entregada á estas dudas, á estos temores, pasé el espacio que tenia que cruzar, y antes de esperarlo me hallé á la entrada de la calle en que habitaban los autores de mis dias.

«Al divisar de lejos aquella casa no pude contener mi emocion y me deshice en lágrimas.

«La buena Rosa que vió mi llanto me preguntó admirada:

—«¿Qué tiene V., señorita? ¿Se ha puesto V. mala?

—«¡Oh! no; no es nada.

—«Como llora V. de ese modo...

—«Lloro, mi buena Rosa, porque en aquella casa viven mis padres, y hace un año que no les veo!

—«Tiene V. padres! exclamó admirada; tiene V. padres y no... ¡pobre señorita mia! ya veo que es V. mas desgraciada de lo que yo me imaginaba.

«Nada le contesté; en aquel instante, el coche cruzaba por delante de mis balcones.

«Rosa tiró del cordon y el carruaje se detuvo.

—«¿Qué haces? le pregunté sobresaltada?

—«Nada, pararnos un instante.

«Luego aproximándose mas á mí, me dijo con sumo cariño.

—«Nadie puede vernos: ¿quiere V. que llame á esa puerta, haremos que esos ancianos bendigan la frente de esa niña á quien no conocen, y nos volveremos despues?

—«¿Qué dices!

—«Es muy sencillo; yo creo que no es delito ninguno el que una hija abraze un instante á sus padres.

—«¡Oh! es que mi esposo...

—«El señorito creo que se enfadaria menos por esto que por lo que acabamos de hacer.

—«Pero...

—«Nadie lo sabrá.

—«Y si me rechazan?

—«¡Jesus! rechazarla á V. cuando se presente con este ángel en las manos? no es posible.

—«Es que tú no sabes....

—«Yo solo sé que los padres son indulgentes siempre, y que la recibirán con los brazos abier-



»tos. Vamos, anímese V., es cosa de un instante; un par de abrazos, algunas palabras de consuelo y nos volvemos á casa como si nada hubiese pasado.

—¿Y si Héctor sabe...? exclamé ya medio vencida.

—¿Quién ha de decírselo? es seguro que no seré yo, y en cuanto á sus padres de V. no lo harán tampoco.

»Y sin esperar ya mi respuesta y viendo mi turbación, abrió la portezuela y saltó fuera con la niña.

»Yo la seguí temblando.

»Rosa penetró en el portal y subió la escalera, diciéndome por lo bajo cuando llegamos al piso principal:

—¿Es aquí?

—No, sube un poco mas; la contesté con voz apagada: en el segundo.

»Un momento despues llamaba con timidez á la campanilla, y Águeda, mi buena Águeda, nuestra antigua criada, salia á abrir muy lejos de sospechar quién era.

»Una exclamacion de asombro se escapó de sus labios al verme, y no pudiendo contenerse fué corriendo hácia dentro gritando:

—¡Señora, señora!

—¡Silencio, Águeda! la dije deteniéndola; silencio por Dios!

—Pues no va V. á entrar?

—Sí; pero...

—Entonces...

—¡No grites! ¿y mis padres?

—Mi amo no está; pero la señora sí.

»En aquel instante oí la voz de mi madre que preguntaba quién era, y entonces, sin pensar en nada, sin poder contenerme corrí á su lado y me arrojé en sus brazos exclamando:

—Yo soy, yo soy madre de mi alma!

»Un grito agudo contestó á estas palabras: un grito de alegría delirante, de júbilo y de ternura.

»Por un momento nuestras lágrimas, nuestros besos, nuestras caricias se confundieron, y no pensamos en nada mas que en el inmenso placer de volvernos á ver.

»Pasado el primer instante me volví hácia Rosa, que me habia seguido, tomé á mi hija y la presenté á mi madre diciéndole al par:

—Bendígala V., bendígala V. tambien.

»Yo no puedo expresar su alegría, la expresión de amor infinito que se pintó en su rostro al escucharme.

»Ninguna palabra humana bastaria á describir el anhelo y la ternura con que estrechó á mi hija en su seno.

—¿Y mi padre? le pregunté con afán y temor; ¿y mi padre?

—Pronto vendrá, ha salido un momento; pero en breve estará aquí

»Como confirmando estas palabras la campanilla sonó por segunda vez.

»Era mi padre.

»Salí á su encuentro y quise arrojarme en sus brazos.

»Él se quedó inmóvil al oír mi voz.

»Sin duda una lucha secreta combatia su alma, pues tuvo que apoyarse contra la pared para no caer, y al cabo de un segundo me dijo con voz que se esforzaba por hacer segura:

—¿Vienes sola?

—¡Oh! no señor, le respondí creyendo que su pregunta se referia á mi hija.

»Entonces pareció respirar con libertad, me tendió la mano y me estrechó sobre su corazón con afán infinito.

»Así entramos de nuevo en la habitación donde se hallaba mi madre, con la niña sobre las rodillas.

»Mi padre miró en torno buscando algo que yo no sabia adivinar, pero que comprendí al oírle decir:

—¿Y tu esposo? ¿no me has dicho que no venias sola?

—Él, balbuceé turbada; él...

—Sí, ¿dónde está?

—Fuera de Madrid.

—¿Cómo! ¿pues no decias...?

—¡Oh! yo hablaba de mi hija, de mi Elena, de este ángel inocente para quien reclamo su amor de V.

—¡Tu hija! exclamó con acento indescriptible y fijando por vez primera sus ojos en Elena.

(Continuaré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA PLERARIA DE UN NIÑO.

Espíritu del cielo  
que por mi bien te afanas,  
y pasas noche y día  
velando por mi alma,  
tiende sobre mi frente  
tus impalpables alas;  
pues el Señor te puso  
á ser mi dulce guarda,  
un punto no me dejes  
y escucha mi plegaria.  
Alumbra mi camino  
con tu inmortal mirada,  
y en este mundo nunca



se manche de mi alma  
con el pecado impuro  
la vestidura blanca.  
Y mi Madre y tu Reina,  
la sola inmaculada,  
derrame en mí sus dones  
y de su amor la gracia;  
y cuando Dios me llame  
á su eterno morada,  
haz que de tí, Ángel mio,  
en pos siga mi alma,  
y en la mansion eterna  
sean por siempre hermanas.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## SECCION PARA LOS NIÑOS.

### DOS FLORES DE UN MISMO TRONCO.

(Continuacion).

Esta exclamacion, nacida en el alma de aquellos ángeles, fué llevada en alas de los vientos hasta el oído del tirano, que, estremeciéndose de furor, se volvió rápidamente hácia el sitio que Justo y Pastor ocupaban.

—¿Quién se atreve á hablar de ese modo? ¿quién osa en mi presencia proferir semejantes palabras?

Y sus ojos, en que ardía la cólera, se fijaban interrogadores en los que tenía en torno.

Por un movimiento simultáneo, la muchedumbre se alejó de los dos hermanos, inspirada por el egoismo y dominada por el terror, dejándolos solos en medio de la plaza.

—¿Sois vosotros los que acabais de repetir las últimas frases de esa cristiana? les preguntó mirándolos con una mezcla de desprecio y lástima.

—Sí, contestó Justo con una firmeza superior á su edad; sí, nosotros somos los que hemos bendecido públicamente á la Santísima María, Inmaculada Madre de Dios.

—¿Y por qué os atreveis...?

—Porque somos cristianos también! añadió el pequeño Pastor con su acento puro y dulcísimo.

Los dos hermanos, estrechándose uno contra otro, fijaban en el gobernador sus miradas, en las que al par que su inocencia se leía un placer celestial.

—Quitad de aquí á esos rapaces, dijo Emiliano dirigiéndose á uno de los soldados de la escolta; quitadlos de aquí: no saben lo que se dicen, ni comprenden siquiera lo que significa el nombre de cristiano.

—Te engañas, señor, le respondió Justo; con ese hermoso nombre sé que se designan los hijos

de la fé, los creyentes de una nueva doctrina: doctrina de paz, de caridad y sacrificio, que nos manda amarnos los unos á los otros, y amar, sobre todo á Jesus, hijo de una Virgen, que murió en una cruz para darnos eterna vida.

—¿Quién te ha enseñado esas locuras, producto solo de una imaginacion extraviada?

—Mi madre que es buena y sabia como ninguna.

—¿Tu madre! ¡ah! ¿con que tu madre es cristiana?

—Sí, sí, dijeron á la par los dos niños.

—Bien: entonces ella es mas culpable que vosotros; lo que en una criatura de pocos años es ignorancia en una mujer es crimen.

Pastor y Justo palidecieron: aquellas palabras envolvían una amenaza para su madre y esto les hizo estremecer.

Sin embargo, no se arrepintieron de su declaracion: habian dicho la verdad y estaban tranquilos.

—Y bien, exclamó Emiliano, es forzoso que os retracteis de cuanto habeis hablado: es forzoso, ¿lo oís? si nó, esos verdugos se encargarán de hacer enmudecer vuestra lengua y de hacer que pidais misericordia.

—Sí la pediremos, pero será para tí y para los tuyos, al Dios y Señor de mundos y cielo.

Exasperado el gobernador con las respuestas de aquellos niños, que así se mostraban en público mas fuertes y mas invencibles que él, ordenó que fuesen inhumanamente azotados, en presencia de aquella multitud que les miraba absorta.

La espalda de Justo fué descubierta, y Pastor también fué despojado de su túnica, mostrando sus delicadas carnes, blancas y transparentes como la hoja de la azucena, á la vista de la muchedumbre, que sintió un estremecimiento de horror y de piedad al par.

—No tengais lástima, gritó Emiliano enfurecido, viendo que hasta los mismos sayones empezaban á vacilar; no tengais lástima y castigad á esos miserables que se burlan de mis órdenes.

El gobernador fué obedecido.

En la espalda y en los brazos de Justo y de Pastor, se señalaron por una y cien veces los cordeles de los verdugos.

La sangre corrió en abundancia de aquel cutis fino y suave, y hasta la purísima frente y el bello rostro que hasta entonces solo habia sentido el contacto de las caricias y los besos maternos, se vió cruzado por los golpes y amoratado por el dolor.

Algunos de los circunstantes se retiraron en silencio.



El espectáculo de dos tiernos é indefensos niños, martirizados de aquel modo, era demasiado cruel y demasiado horrible para poder contemplarlo con indiferencia.

Los hermosos semblantes de los hermanos se desfiguraron con el sufrimiento, pero su valor no se amenguó.

Justo, como el mayor, alentaba á Pastor, y le decia cuando le veia recibir un golpe:

—Ánimo, hermano mio, el sufrimiento es corto y la gloria eterna! ¡ánimo! la Virgen nos espera y los ángeles nos están mirando para ofrecer palma mejor á aquel de nosotros que sufra con mas valor.

Y Pastor sonreia en medio de su martirio, y alzando sus ojos, puros é inocentes, al cielo, parecia exclamar:

—Serafines de amor, que rodeais el trono de María; batid vuestras alas y bajad por mi espíritu, tan cándido como el suspiro de las auras, para conducirlo hasta sus pies.

El pueblo empezaba á agitarse.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIETADES.

### PODER DEL ARREPENTIMIENTO.

(CONCLUSIÓN.)

—Señor, respondió su mujer, lloro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva y alegre, y nos envia su calor como una caricia, otros tiritan de frio; mientras estos manjares excitan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros tienen hambre... y por eso se anuda mi garganta y no puedo comer....

—Pero, dijo el caballero, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frio y de hambre?

—Dos pobres religiosos que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

—¡Frailes! dijo, holgazanes, pancistas, petardistas, que querian regalarse á mis expensas.

—No han pedido mas que un techo y un poco de paja.

El caballero llamó á su criado.

—¡Oh! señor, dijo sollozando la castellana; no los echeis fuera! acordaos de vuestra promesa.

—Perded cuidado, contestó; comerán, se calentarán y además me servirán de diversion. ¡Ya vereis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fria y opaca niebla que levanta la noche de un pantano, á los primeros rayos del sol, cuando se presentaron á su vista los religiosos; por un impulso

involuntario se puso en pié, y la impia chanza que asomaba á sus labios, retrocedió como una serpiente que se encoje y se vuelve á su cueva. Ello era que habia en el rostro del mas anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que imponia, una mansedumbre que atraia, un poder capaz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandóles el caballero sentar á la mesa, y guardaron todos silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su mision, hizo oír la palabra de Dios en aquel lugar de donde habia sido desterrada, quedando encerrada en el corazon de la castellana como en un santuario. Callaba el caballero y escuchaba mirando á su mujer, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvacion, mientras que sus labios murmuraban: «¡Bendito es el que escucha!»

Concluida la cena, cogió el castellano una vela y llevó él mismo á sus huéspedes al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas, con colchones de damasco, estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas, diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

Entonces el caballero bajó á la caballeriza, y volvió cargado de paja, que extendió en el suelo.

—Padre, dijo rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazon; yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el Señor me perdone mis iniquidades!

—Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, excediesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todas las borraría el arrepentimiento y las perdonaría la clemencia de Dios; por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperacion.

Entonces, el castellano arrodillándose confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contricion caian de sus ojos sobre la paja en que se habia arrodillado.

Cuando el misionero, despues de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse transportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenia en su mano la balanza que pesa el bien y el mal; un alma iba á ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una balanza el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasion. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese ángel que nos pone el arrepentimiento en el corazon, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, la oracion en los labios; traia algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló el castillo en consternacion.

Pregunté la causa.

El castellano habia muerto aquella noche.

Fernan Caballero.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo.